

## Una batalla de amor (\*)

*Andrea Balsa 2º C*

Cuando volví a mi ciudad me dirigí a la casa de mi abuela Tita, mujer adorable, quien se había encargado de criarme luego de la muerte de mi madre, cuando yo apenas tenía cinco años. Le sorprendió mucho volver a verme. Los años habían pasado y eso en la abuela se notaba, estaba avejentada, pero mantenía esa mirada tan segura y gentil que siempre había tenido. Había algo que tampoco había cambiado: seguía preparando las deliciosas tartas y el espléndido café que yo degustaba cada mañana cuando había vivido en su casa.

Mantuve una larga conversación con ella. Obviamente, el tema central fue Luz, la mujer que había iluminado mi vida. Le conté el motivo de mi regreso, así como también mis planes futuros junto con mi amada. Como siempre, me brindó su apoyo; inmediatamente dijo que le gustaría que me alojara en su casa, lo cual acepté con mucho gusto. Me contó todo lo que ella había vivido a lo largo de estos años, así como también su especialidad: saber todos los secretos de la gente de este vecindario. Me habló de mis antiguos amigos; muchos de ellos ya habían formado una familia. Sentí muchas ganas de volverlos a ver, pero no me detuve a pensar en reencuentros ni en festejos, ya que mi principal objetivo era inmediatamente conseguir un buen trabajo.

Al comienzo fue complicado por la situación en el país, obtener un buen empleo no era una tarea sencilla. Las primeras dos semanas fueron de frustración; mis días se volvían interminables, me dirigía de un lugar a otro entregando *curriculums*. Cuando llegaba a casa esperando la novedad de algún llamado, me entristecía al no haberlo recibido y mi abuela intentaba animarme con una tarta y el café que tanto me gustaba.

Para mi sorpresa, al cabo de dos semanas tuve una entrevista en una reconocida empresa donde estaban muy conformes con mis referencias sobre trabajos pasados y por ese motivo me invitaron a trabajar para ellos. El sueldo era muy bueno, así que ni por un instante dudé en aceptar la oferta. Al día siguiente comencé a trabajar. Mis días eran rutinarios, me levantaba temprano, desayunaba y me dirigía a la empresa donde trabajaba durante ocho largas horas. Pero más allá del apoyo de mi abuela me sentía muy solo. Extrañaba mucho a Luz, pero no me deprimía, porque sabía que el esfuerzo que estaba haciendo era necesario para volver a estar juntos. En el transcurso de cinco meses mis días fueron iguales, hasta que uno de ellos, desgraciadamente, fue distinto.

Ese día llegué del trabajo y vi que la mirada de mi abuela no era la misma; sus ojos brillaban, pero en este caso, de tristeza. Inmediatamente me asusté mucho, ya que temí que fuera debido a su salud. Sin embargo, extendió la mano y me entregó un sobre amarillo que llevaba mi nombre. Me pidió disculpas y supuse que sería por abrir el sobre. Ahí sentí que un frío corría por mi cuerpo. Sin duda, el sobre contenía alguna mala noticia. Mi abuela se paró y me dejó solo. Cuando tomé coraje para abrirlo, vi una carta. La desilusión que sentí cuando la leí es difícil de explicar.

A lo largo de toda mi vida había tratado de ser feliz, por primera vez estaba comenzando a sentir la felicidad. Estaba luchando por conseguir algo que quería, compartir el resto de mi vida junto a alguien que amaba. Confirmé mis sospechas, contenía malas noticias. Cada palabra que leía me destrozaba más el corazón y me hacía más infeliz. Ingenuo, por momentos consideraba la posibilidad de que estaba dentro de una pesadilla y que pronto despertaría, pero me di cuenta de que no era así.

La carta era de Luz, la única mujer que yo había amado y con quien soñaba compartir los restantes días de mi vida. Ella tenía nuevos planes y yo no estaba incluido en ellos. Planeaba casarse, pero ya no conmigo. Me quería, pero ya no como antes. Su

visión sobre lo que habíamos vivido era que habíamos tenido una amistad infantil. A partir de ese momento sentí decepción. Yo no lograba entenderla. Me costaba aceptar que alguien tan adorable como Luz pudiera considerar que lo nuestro fue algo así y, sobre todo, que ya había terminado. Ella había sido quien se había encargado de cuidarme durante todo el tiempo que yo estuve hospitalizado y quien me hizo sentir ganas de vivir. Ahora me las estaba quitando.

Una semana estuve deprimido; faltaba al trabajo y no probaba ni las tartas ni el café que gentilmente me preparaba la abuela. Siempre había sido un hombre fuerte y esta vez no me podía dejar vencer. Sobreviví a la guerra y también podría sobrevivir al desengaño de Luz. Pero lo que necesitaba era venganza. Fue así que sin decirle nada a mi abuela, me fui a *Pordonone*. El dolor había causado que me olvidara del amor de Luz, ya no me interesaba ella, sino vengarme. Cuando llegué me tentaron las ganas de verla. La vi desde lejos y muy bien acompañada. Hablé con algunas personas que me informaron que su acompañante era el comandante del batallón y que en dos días realizaría un viaje a un pueblo vecino. Empecé a moverme y a idear cómo vengarme en esos dos días previos a su viaje. Fue así que se me ocurrió postularme como conductor en la empresa que lo iba a transportar desde un pueblo a otro y milagrosamente lo conseguí.

Llegó el día. Estaba sentado, pronto para conducir el lujoso vehículo del hombre que me había quitado el amor de la mujer que había amado con tanta locura. Cuando se subió, saludó cordialmente y se presentó. Aparentaba ser un hombre humilde y eso me volvía más furioso. El comandante me hablaba continuamente. Yo no sabía qué hacer; me quería vengar, pero no era un asesino. De todas formas, estaba dispuesto a matarlo. Cada momento que pasaba me sentía peor; comencé a transpirar, las manos me temblaban y las ideas me atormentaban. Sentía su voz, pero no lo escuchaba, no sabía qué me decía porque estaba pasando por el peor momento de mi vida y continuamente estaba pensando en terminar con la vida del comandante.

Al paso de unos cuantos kilómetros, me detuve. Me bajé del auto, él también. Me acerqué y el hombre, preocupado, me preguntó si me sentía bien. Le contesté que no y en ese momento me dijo que él tampoco se sentía bien. Intrigado, le pregunté qué le sucedía. Me contó que unos meses atrás había conocido a una chica con la que supuestamente planeaban casarse, pero en realidad él ya tenía una familia; estaba casado y tenía dos hijos. Ahora se dirigía al pueblo a renunciar a su cargo, para poder volver a su país de origen junto con su familia. Pero se sentía culpable porque más allá de no haberle sido sincero a la chica tampoco había tenido la valentía de contarle que no volvería.

Admito que por un momento me sentí triste, pero luego me di cuenta que ya no necesitaba vengarme, que él mismo había dejado a Luz y ella iba a poder sentir la desilusión que en un momento yo sentí. Le dije al comandante que ya me sentía mejor, continué el viaje y lo dejé en el pueblo. Volví feliz a mi ciudad, retomé mi trabajo y seguí disfrutando de las tartas y el café de mi abuela. Después de diez años de esta historia, tengo quienes iluminen mi vida: Milagros, la mujer que hoy amo, y nuestra hija, Clara. En mi vida recibí muchos golpes, algunos de ellos en la guerra, cuando terminé hospitalizado, pero creo que el que más me dolió fue el de aquella mujer. Sin duda, su amor me golpeó, pero no eran de esos golpes que matan.

(\*) *El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de otro de Ernest Hemingway, titulado “Un relato muy breve”.*